

—En efecto, como hombre, esa fue su doctrina.

—Permítame, pues, V. M. preguntarle: ¿si el socialismo es el sistema genuino predicado por el Gran Maestro, puede en algún modo considerarse malo?

—¡Imposible! Es sublime, como lo fué su Fundador.

—Pues si V. M. reconoce la grandeza de esa doctrina, creo que no se opondrá al desarrollo de mi idea. A saber: civilizar salvajes é implantar entre ellos el verdadero Cristianismo, por medio de las prácticas igualitarias y fraternales que impone el sistema socialista.

—Perfectamente: no me opondré, pero os advierto no olvidéis que el "Gran Socialista" fué martirizado por los ricos de su tiempo.

—Quizá yo no tendría el valor abnegado que se necesita para consumir grandes sacrificios. Pero entre los salvajes no existen capitalistas que traten de oponerse á la igualdad social: todos ellos, hombres y mujeres, van desnudos, tal cual nacieron; figúrese V. M. qué diferencias de posición habrá allí. . . .

—¡Cierto, cierto! comprendo que podreis practicar vuestra idea sin peligro de ser martirizado. ¿Quereis decirme cómo conocisteis ese pueblo salvaje?

—Si V. M. tiene tiempo y paciencia para oirme le relataré esa aventura en que figura, en primer término, una mujer blanca, de extraordinario valor.

—¡Hola! me gustaría oír eso. Quiero que la Emperatriz esté presente y oiga la narración que debe ser interesante: hay tan pocas novedades por ahí. . . .

—¡Leopoldina!—dijo alzando la voz.

Levantóse un portier de terciopelo azul galoneado de plata, y apareció una dama joven, si no de gran belleza, sí muy simpática por la gran dulzura y benevolencia reflejadas en su semblante. Iba vestida con tal sencillez que á Sorel le pareció una señora de la clase media.

—¿Me llamabais, señor?—articuló con voz dulce.

—Sí, Leopoldina: quiero que escucheis el novelesco relato que nos va á hacer este señor; sentaos, y vos también, caballero,—dijo señalando un sitio á don Alberto.

La princesa saludó á éste y sonrió gratamente al esposo. Según decires, la dama no era muy feliz en la intimidad doméstica. Don Pedro tenía fama de brusco, pero por dicha, ese día se mostraba muy amable.

Don Alberto comenzó la narración, no de todas sus aventuras, sino dando principio en el momento en que los piratas le dejaron á él y sus compañeros, abandonados en

la playa desierta. Al llegar al episodio de Mariquita, la buena Leopoldina, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Ibais á caer en manos de caníbales?

—Así era, señora.

Y continuó su relato. Al llegar á la abolición de la horrible costumbre, por medio del influjo de Ester...

—¡Qué mujer tan intrépida!—dijo el Emperador.

—En efecto, Sire, lo es en sumo grado.

Cuando refirió la astucia de que se valió la Jefa para sujetar á sus salvajes, el Emperador, haciendo caso omiso de su gravedad imperial, soltó una estrepitosa carcajada: la Emperatriz le acompañó y Sorel creyó del caso mostrar cierta hilaridad, aunque circunscrita al respeto que á un vasallo impone la dignidad de su señor.

—¡Qué mujer!—decía riendo don Pedro,—sin duda conoce el antiguo fraude de Numa y la Egeria.

—Si señor, sabe la Historia romana, aunque Ester dice que en esa superchería usada por ella, imita exactamente á los brujos ó hechiceros contemporáneos, que practican lo mismo en algunas islas de la Oceania.



---

---

## CAPITULO XLI

### LA CARTA DE INDEPENDENCIA

—Sabéis jugar al billar??—dijo de pronto don Pedro.

Don Alberto, sonriendo para su bigote, contestó:

—Un poco, Sire.

—¿Queréis jugar conmigo unas partidas?

—V. M. me honra.

—Pues venid.

El Emperador se levantó, saliendo vivamente.

El caballero le siguió, pero al franquear el portier una vocecita le murmuró al oído:

—Dejáos ganar para tenerle propicio.

Era que la excelente Leopoldina le avisaba.

Sorel hizo un signo afirmativo y se dirigió al billar que estaba inmediato. Este, como debe suponerse, era muy lujoso.

Comenzó la partida y don Alberto, que jugaba muy bien, tuvo alguna dificultad en dejarse ganar, pero al punto, recordando el aviso, hizo una jugada en falso y don Pedro ganó. El juego continuaba, ganando siempre el mismo. Pero creyendo Sorel que el Emperador sospecharía de su continuada torpeza, porque sus primeras jugadas daban á entender que era maestro en el manejo del taco, ganó la tercera partida—se habian señalado cinco como término del juego—pero no se permitió volver á triunfar. Quizás su Carta de Independencia corría peligro.... La quinta y última partida la ejecutó bajo la excitación del verdadero jugador, pero recordando la vocecita aquella, torció el taco y el competidor triunfó.

—¡Muy bien, caballero! Sois un diestro jugador.

—¡Ah, Sire, no puedo competir con V. M!

De improviso, don Alberto se había convertido en astuto palaciego.

—Si que podéis, dijo don Pedro; me ha costado trabajo ganaros algo. Os aconsejo que introduzcáis allá en vuestro pueblo de salvajes, el juego de billar.

—Tomaré el consejo de V. M. Es un grato entretenimiento que no produce malas consecuencias.

—Vamos, pues, á terminar vuestro asunto.

Los dos se encaminaron á la misma estancia anterior, donde aún se hallaba la Emperatriz.

—Conque, señor Sorel, me pedís que os otorgue la independencia: ¿sobre cuánto terreno?

Creo que ese pequeño pueblo que voy á fundar será esencialmente agricultor: por de pronto no podré plantear en él ninguna otra industria. Mi gobierno no será en manera alguna coercitivo: dejaré á los indios en libertad absoluta. Mis esperanzas no se fundan en los salvajes adultos, que hoy existen allí. Fúndanse en la nueva generación que ya se presenta numerosa; hay multitud de niños de ambos sexos que irán á las escuelas, y al salir de ellas ya no serán salvajes sino jóvenes de más ó menos ilustración, según sus talentos respectivos: ese será el verdadero pueblo.

—¿Cómo conseguiréis que los indios manden sus hijos á las escuelas? Esa gente es refractaria á la civilización.

—Pienso emplear con ellos el método que emplean los conductores de ganado bravo.

—¿Y es?

—Sire; los toros salvajes siguen al ganado manso.

—¿Y tenéis esos animales mansos?

—Si tal, y muy buenos. Una dama, que está asociada á mi empresa, posee una hacienda muy grande. Allí hay muchas familias indias ya bastante civilizadas y, por dicha, su lengua nativa es la misma que hablan mis salvajes. Ahora bien, apenas esté listo el edificio escolar y levantadas algunas casas, haré que varias familias de la hacienda vayan á domiciliarse en el nuevo pueblo. Los hijos de esa gente irán en seguida á la escuela: ellos se encargarán de ponderar á los otros las ventajas de la instrucción. V. M. sabe que una de las facultades innatas del hombre es el espíritu de imitación: pues bien, esa tendencia hará que los padres salvajes en más ó menos tiempo, manden sus hijos á las aulas. El mismo ardid emplearé para que dejen los ranchos y habiten en casas. Los matrimonios, ya medio civilizados, á los cuales instalaré cómodamente, hablarán á los salvajes de lo contento que viven en sus bonitas casas con buenas camas, menaje de cocina, agua á mano, etc. En poco tiempo se formarán amistades, y como las familias de la hacienda,

con antelación, serán informadas de que se necesita su concurso para atraer al buen camino aquellas pobres gentes, pondrán mucho empeño en cumplir su cometido. En poco tiempo, estoy seguro de ello, todas querrán tener casa y vestido, pues para conseguir lo último, esto es, que dejen el taparrabo y se vistan, serán empleados los mismos medios diplomáticos. Todo ello se conseguiría más pronto por medio de la fuerza y la amenaza; pero, como ya he tenido el honor de manifestar á V. M., el régimen coercitivo será desconocido en mi pueblo. Es una prueba que voy á hacer: quiero averiguar positivamente si al hombre se le puede educar por medio de la palabra persuasiva sin emplear nunca la amenaza de castigos presentes ó futuros.

—¡Muy bien!, dijo don Pedro, ¿cuánto terreno deseáis para hacer vuestras pruebas?

—Creo que bastarían diez leguas cuadradas.

—Os donaré quince, porque vuestro pueblo crecerá; porque el Brasil tiene inmensos territorios sin explotar, y porque vuestro carácter estratégico me hace prever un buen resultado en vuestra empresa. Sé bien que con vuestro sistema Socialista, nada aumentarán las rentas del Estado, pero tendré la satisfacción, no pequeña, de haber contribuido en algo á la conversión de algunas bestias en hombres.

—El magnánimo carácter de V. M. me hizo esperar siempre este feliz resultado.

—Id esta tarde á la Secretaría de Gobernación y allí os entregarán vuestra Carta de Independencia, para que libremente fundéis vuestro pueblo. Será como un Estado libre en medio de nuestro Imperio. Ese territorio principia en el límite de la provincia de Pará, prolongándose hacia el interior, de Este á Oeste quince leguas, otras tantas de Norte á Sur. Tendréis, pues, un gran cuadrilátero donde podréis desarrollar vuestro Gobierno Socialista. Si yo no fuera Emperador, creed que profesaría vuestras doctrinas, porque ellas son la Buena Nueva que el Gran Maestro mandó publicar por todo el mundo. ¿Pero qué queréis? La sociedad, según está hoy constituida, difiere por completo del Fraternal Mandato. Los Gobernantes, por más que conozcan la excelencia de ese sistema, no se atreven á implantarlo, temerosos de caer bajo el odio de los innumerables capitalistas y terratenientes que se oponen á él. Quizá algún día, cuando se perfeccione más el sentido moral del hombre, será factible practicar la igualdad fraterna de esa Doctrina; pero no han llegado aun esos tiempos...

—¿Olvida V. M. que para mí ya llegaron?

—¡ Ah! es cierto, dijo don Pedro sonriendo; creo que podréis educar á vuestros salvajes, con la persuasión y el ejemplo según el Mandato. Desearia saber el resultado de vuestras pruebas.

—Será cosa muy factible, si V. M. envía algún Delegado al pueblo del Espíritu, en el lapso de cinco ó seis años: antes sería prematuro, porque aquella gente, hoy desnuda, necesita algunos años para poder emanciparse de su actual barbarie.

—Así lo haré: irá alguno de mi parte á examinar los progresos de vuestros gobernados.

La Emperatriz, silenciosa espectadora, sacó del bolsillo una preciosa cajita de sándalo con incrustaciones de plata, y alargándola á Sorel, dijo:

—Caballero, hágame el favor de entregar de mi parte, este pequeño obsequio á la valerosa Jefa de la tribu salvaje.

—Ester quedará altamente complacida del recuerdo con qué V. M. la honra.

—Por mi parte, dijo el Emperador, como deseo mucho conocer á esa intrépida señora, os encargo me mandéis su retrato, vestida tal cual ha vivido entre sus súbditos indios.

—Dentro de pocos meses V. M. quedará servido. Tengo entre mis amigos un artista, maravilloso en el manejo de los pinceles: como retratista, no hay quien le supere. Cuando V. M. vea la imagen, verá el original, porque el parecido será exacto.

—Ahora, caballero, id á propalar la Buena Nueva entre los bárbaros, ya que, con desdoro de la humanidad, los instruídos la rechazan.

El Emperador y su esposa dieron á besar su mano al español, el cual, haciendo profundísima reverencia, dejó la regia cámara, henchido de gozo.

Don Pedro de Braganza, Emperador del Brasil, subió á gran altura en la conciencia filantrópica de don Alberto Sorel. Encaminóse al hotel refiriendo á sus amigos el feliz resultado de su entrevista con el Soberano.

—Hay que telegrafiar á don Gabriel, imponiéndole del gran séquito que nos acompaña; habrá algo que arreglar para hospedarles bien allá, dijo Armida.

—Fué lo primero que hice cuando salté del vapor. A la hora ésta, Castañeda tendrá mucho arreglado sobre el asunto.

—Sorel pidió y obtuvo un mozo del hotel, que le acompañase á un establecimiento Norte-Americano. El joven le condujo á un grande y lujoso almacén, sucursal de otro establecido en Chicago.

Saludando cortesmente, preguntó al principal si podría indicarle á cuales casas constructoras de edificios portátiles sería conveniente dirigirse, para hacer un pedido de ese género. El yankee le nombró muchas que se ocupaban solamente en hacer y despachar casas á gusto del comprador, pues las construían desde las más modestas hasta las más lujosas. Don Alberto, en su librito de memorias, anotó el nombre y señas de cinco de esas fábricas. Dando gracias al complaciente Mister, volvióse al hotel. Allí escribió cinco misivas á los dueños de cinco distintas empresas constructoras. Todas las cartas iban redactadas igualmente, diciendo al pie de la letra:

A Mister X. X., en Chicago.

Mister X suplica á Ud. se sirva enviarme á la mayor brevedad posible, doscientas casas sencillas en su construcción, pero capaces para albergar una familia de seis individuos. Ud. se servirá enviar el pedido á la ciudad de Belén de Pará, capital de la provincia. Supongo que Ud. tendrá allí algún Corresponsal que se encargue de recibir el importe de los edificios, el cual será pagado á la entrega de éstos.

Suplicando otra vez me envíe Ud. ese encargo lo más pronto, queda á sus órdenes S. Atto., S.,

**Alberto Sorel.**

Como se ve, el Espíritu del Río, necesitando mil casas, que exigían mucho tiempo para su construcción, las pedía hechas, y á cinco distintos establecimientos, para que, casi simultáneamente, llegaran todas. Era hombre activo y previsor.

En la tarde las puso en el buzón, y de paso llegóse al Ministerio, donde le fué entregada su "Carta de Independencia" Llevaba, pues, en el bolsillo la futura felicidad de no pocas familias.

El día prefijado embarcáronse todos en el mismo vapor que les trajo del Viejo Mundo, llegando felizmente al puerto de Belén de Pará.

Dejando instalada en hotel á su gente, don Alberto y su nieto avistáronse con el doctor Amador. Este alegróse grandemente de verlos, especialmente á su antiguo herido del Bosque, observando el gran cambio que se había efectuado en el joven en tan corto tiempo. Algunos meses antes le vió partir enclenque y triste, ahora retornaba lozano y alegre.

—¡Hola! amigo mío; el viaje le ha sentado á Ud. á maravilla: viene completamente transformado. Los viajes son antidoto excelente para ciertas enfermedades...

—Ya lo creo, señor doctor. Curan radicalmente cuando se tiene la dicha de hallar en ellos personas queridas á quienes habíamos llorado como muertas. Tengo el gusto de presentarle á don Alberto Sorel, mi abuelo materno.

—¡Cómo! ¿Este caballero es abuelo de Ud.?

—Sí, señor: es una de las personas á quienes antes aludi: le consideraba muerto y le hallé vivo y sano allá en Canarias.

—Pues el caso es muy curioso, y sobre todo, muy feliz.

—No terminan ahí mis felices hallazgos. También hallé á mi madre y á otra persona muy querida; en mi concepto, ambas habían muerto.

—¡Admirable!—dijo el médico—, con razón regresa Ud. famoso: gordo y lucio como una manzana en sazón, y con semblante tan alegre que ahuyenta en torno la tristeza. Ahora puedo decirle con franqueza que al partir Ud. para su excursión de Ultramar, no tenía yo gran seguridad de su vuelta. Estaba Ud. tan decaído, que llegué á temer por su vida. Por dicha la cosa ha terminado bien, en grado superlativo. Y su compañero de viaje, su Mentor, ¿qué se hizo?

—Habiendo parecido mi abuelo y mi madre, ya no me era necesario un guía para el retorno. Don Miguel, considerando que su misión había terminado, consultó con nosotros si podría, sin faltar á su compromiso, quedarse en Canarias, para visitar todo el archipiélago, y como entiende bien la fotografía, según nos dijo, deseaba tomar algunas vistas notables, especialmente, del Teide y sus Rodeos. Piensa también instalarse, por cierto tiempo, en el Isote Alegranza, con el fin de cazar canarios, preciosas avecitas que, según se afirma, son indígenas de aquel peñón.

—Yo creí muy justa su petición, dijo Sorel; le dejé pago su sueldo de retorno como si hubiese continuado al cuidado de mi nieto, y allá tiene Ud. al señor Pérez cazando bonitos pájaros para traer, según dijo, un cargamento al Brasil.

—El amigo don Miguel ha viajado mucho,—dijo Amador—pero es cierto que nunca lo hizo por aquellas latitudes. Los pájaros canarios son raros aquí y harán furor...

—Conque, señor Doctor, nos despedimos por el momento, hay prisa por llegar á Miraflores. Pronto nos volveremos á ver.

Estrecháronse la mano y... hasta después.

Las mujeres en coches, los hombres en caballos, la comitiva emprendió viaje, llegando en pocas horas á la hacienda. Doña Antonia y el esposo recibieron, llenos de



gozo, á los numerosos viajeros. No faltaron abrazos ni presentaciones. Al presentarle á la antigua aya á Angelina Sorel, no fué poca su admiración, porque al punto reconoció en ella á Elisa de Mendoza.

Armida la dijo algunas palabras al oído, y no hubo más explicaciones por de pronto; doña Antonia dió estrecho abrazo á la dama, diciéndola: ¡Cuánto me encanta este nuevo reconocimiento!

Después de un ligero refrigerio, Alberto dijo que se iba á ver á su padre: el abuelo y la madre, manifestaron que irían con él, pues esa visita no podía diferirse ni un momento. Caía la tarde, regresarían, ó no, en la noche. Armida que estaba al tanto de la importancia de esa visita, les dejó ir á pie porque manifestaron su deseo de hacerlo así: media hora de camino y ahí estaba la casita del Bosque.

Durante el trayecto iban coordinando la manera de presentarse á César: primero entraría el hijo, después Sorel y al fin la esposa: él sabría la llegada, por el cablegrama, pero no había que sorprenderle de sopetón.

Entretanto Castañeda y consorte no se daban punto de reposo para activar los preparativos culinarios, había que agasajar nada menos que cincuenta personas, á saber; cuarentiocho operarios, doña Toribia y el Mister, que á la sazón hallábase en el puente, completaban el número de los huéspedes. Pero doña Antonia, dejando en manos de los cocineros la confección de viandas, llevose á Armida á un cuartito muy elegante donde en preciosa cuna dormía un chiquitín de tres meses.

—¡Ay, qué bonito! dijo la joven.

—¿Te parece? pues á mí también. Gabriel está contentísimo, porque el chico, como ves, tiene el color muy blanco y sonrosado. Pero si supieras qué susto cuando nació. ¡Qué susto! Los primeros días, como sucede á muchas criaturas, estaba muy rojo. A los quince se blanqueó, pero observando que el infante tenía una pequeña mancha oscura sobre el cóxis, comenzó á deplorar la herencia africana; ya me reía de esos lamentos.

—Pero Gabriel, ¿esa mancha no se llama entre vosotros “comal”? ¿por qué te apenas?

—¡Ah! porque yo no quería que el niño trajera ningún rastro africano.

—No te asustes por eso, le decía yo, eso no es más que un pequeño salto atrás por reversión. Si tenemos otro hijo ya no traerá “comal”. Esto lo trae porque es el primogénito: es el blazón del mayorazgo.

Como apesar de mis razonamientos, continuaba cavi-  
loso, le referí el caso de aquella señora que nació con rabo  
y fue preciso cortárselo para que pudiera sentarse cómodamente.  
¿Te acuerdas tú de eso, Armida?

—¡Ya lo creo! sucedió en Francia; el caso fue muy comentado.

Pues con esa anécdota logré tranquilizar á Gabriel, haciéndole entender que aquella criatura con rabo, dió un tremendo salto atrás, pasando por sobre los antropoides que ya no lo tienen, y yendo á buscar su apéndice entre los monos inferiores, que lo portan.

Con este relato quedóse muy conforme por aquello que dice “del mal el menos”.

A doña Antonia, á fuer de dama instruída, le importaba un bledo la ascendencia del marido; era muy buen esposo, y de acrisolada honradez, ¿qué mejores garantías para vivir feliz? No la preocupaba, pues, que los bisabuelos del consorte hubieran mecido sus cunas de bambú, bajo las palmeras africanas.

Los matrimonios canarios, divagaban por las cercanías, admirando la exuberante vegetación que surgía por doquiera; viendo revolotear tantas aves de vistoso plumaje que, en demanda de sus nidos, por la proximidad de la noche, aflúan en bandadas al respectivo albergue. De ese grato entretenimiento les distrajo la campana llamando á la mesa. La comida fué buena y abundante. En ese momento llegó Mister Rug el cual estaba desconocido: de espárrago, habíase convertido en remolacha. Hay que hacerle justicia diciéndole que si antes estaba casi feo por su flacura, ahora su robustez le había transformado. Los azules ojos lucían muy vivos destacando alegres sobre sus rosados mofletes: el pelo rojo y crespo formaba aureola á su rostro campechano: en fin, que el hombre, en cuatro ó cinco meses, habíase convertido en un mozo galán... Eso tiene la buena mesa; con apetito, en poco tiempo hace milagros.

El tal, alegróse mucho con el regreso de los viajeros preguntando al punto por don Alberto. Armida contestó que lo vería pronto, pero tuvo que hacer una visita tan importante que dejó de ir al puente aquella tarde. Sin duda ira mañana temprano.

—¡Oh, Mrs.! He cumplido mi palabra. Ya se puede transitar por él, sólo falta colocar la baranda de un lado, y eso se terminará esta semana. Y todos estos señores que veo aquí, ¿quiénes son?

—Son operarios que don Alberto contrató en Europa

para construir el pueblo del Espíritu que radicará á cinco ó seis leguas de esta hacienda.

—Tengo entendido que al centro del Brasil hay muchas tribus salvajes y algunas antropófagas.

—Justamente, una de esas tribus es la que mi amigo se propone civilizar. Hace pocos años allí existía el canibalismo...

¡ Ah! terminó Mister, mirando instintivamente sus manos regordetas, muy apetitosas para un festín antropófago.



## CAPITULO XLII

### RENACIMIENTO

Mes y medio antes, el Solitario del Bosque había recibido el cablegrama que su hijo le envió desde Tenerife. Aquellas noticias llenáronle de doloroso asombro. ¿Su Albertito se habría vuelto loco?...

—¡Cuánto castigo, señor, por una sola falta! decíase incesantemente. “Voy, con mi madre, mi abuelo y Armida” me dice: todas esas personas duermen el sueño eterno...! Sin duda la lectura de los papeles que al partir le dí ha levantado en su aun débil cerebro una tempestad de encontradas ideas causándole trastorno mental. ¡Ah! ¿por qué le dejé ir? ¡Es que aun me faltaba esta prueba terrible, para que el Cielo me perdone!

—¡Nó, no te desalientes hijo mío!—decía la vieja María. Lo que dice el niño es verdad. ¡Ya verás! he rogado tanto á mi Virgen de las Nieves... ¿Cuándo ha dejado de hacer milagros? Todos los que dice Albertito van á llegar, ¡pronto, pronto! Soy vidente.

—Mujer ¡por Dios! no me alientes con ilusorias esperanzas, déjame morir en paz. Lo único que espero es que don Miguel Pérez vuelva á traerme mi pobre hijo en cualquier estado de salud que éste se halle. Aguardaré que transcurran dos meses del recibo del cablegrama. Si pasado ese tiempo no ha vuelto mi hijo, abandonaré este bosque y me marcho á buscarlo.

—No habrá necesidad de que hagas viaje: te lo fío.

Así pasaron el tiempo los dos habitantes del bosque departiendo á diario sobre el mismo tema; uno en contra, otra en pro, del buen resultado de aquel negocio.

De ese modo el tiempo pareció correr mas rápido.

La constante armonía es útil intercalarla con algo de

controversia, so pena de morir aplastados bajo un montón de dulce: Todas las cosas de la vida necesitan claro-oscuro para darles el debido realce; si nó, es muy posible que nos visite una soporífica enfermedad que se llama "Tedio".

María, consecuente con su fija creencia en el pronto ingreso de los tres viajeros, arregló la cama de Albertito en el cuarto inmediato al de César, porque el de éste sería para él y la esposa. Respecto al abuelo de que hablaba el joven, no le faltaría lecho: ella cedería el suyo, hasta que se mandara traer uno de la ciudad: cuanto á ella; bah! arrollada en una frazada dormiría donde quiera...

El crepúsculo vespertino iba extendiendo el negro manto de la noche sembrado de rutilantes luces estelares, cuando César y María se hallaban engolfados en su sempiterna discusión sobre el **ser** y el **no ser** del planteado problema: César, pesimista; su interlocutora, optimista. Ésta vez el acalorado diálogo fue súbitamente interrumpido por el rumor de precipitados pasos que se oían fuera. Los dos contrincantes se pusieron en pie.

—¡Padre del alma! gritó Alberto entrando como una avalancha y arrojándose en brazos de César. Ya Ud. me tiene aquí; para no dejarle nunca más!

El padre, vertiendo lágrimas de gozo, estrechó con pasión al hijo amado. María estaba radiante, hubo de sentarse porque sus piernas negáronse á sostener el emocionado busto. Alberto volvióse á ella abrazándola efusivamente: era la eterna compañera del Solitario.

—Ahora, padre mío, voy á presentarle á mi abuelo.

César miró á su hijo con cierta recelosa desconfianza.

La anciana sonreía como general triunfante que gana la batalla.

—Venga Ud., querido abuelo.

Don Alberto con su hija, reposaban en rústico banco que fuera de la puerta había, y al oír á su nieto entró en la estancia. Tomándolo el joven por la mano, presentóle á su padre diciendo:

—Tengo el placer de presentarle á don Alberto Sorel, mi abuelo materno.

Atónito César, arguyó:

—Hijo mío, tu abuelo murió en España durante la Guerra de la Independencia.

—No, señor mío:; no morí!... todo lo que se dice no es verdad, dijo don Alberto.

Y sacando del bolsillo el famoso retrato, presentólo al estupefacto yerno preguntándole:

—¿Conoce Ud. este retrato?

—¡Ya lo creo! El fue la causa de todas mis desgracias.  
¿Cómo se halla en poder de Ud.

—Padre mío: “al César lo que es del César”: era de mi abuelo, se lo devolví.

Don Alberto tocando el microscópico resorte hizo leer al yerno la dedicatoria contenida en el interior. César ante aquella prueba fehaciente de la inocencia de su esposa y de su atroz conducta para con ella, medio loco de dolor, se arrojó á los pies del suegro pidiendo á voces le diera muerte.

Don Alberto compadecido ante esa gran aflicción, alzó á César y le abrazó diciendo:

—El hombre no debe arrodillarse sino ante Dios. ¡Estás perdonado!

—¡Nó, nó! Mi conducta fué infame. ¡Es preciso morir!

Y corriendo abrió el cajón de la mesa y sacó un revólver que apuntó á la sien; pero Albertito, más ligero que el rayo, se lo arrancó de la mano, salió al campo, disparando todos los tiros al aire.

—Y sin embargo, repetía César, merezco la muerte...

—¿Quién habla aquí de morir?, dijo entrando Angelina, que todo lo había oído. No hablemos de muerte, César, terminen ya vuestras penas. Consideremos nuestro pasado, como hoy se miran aquellos siglos de tinieblas llamados Edad Media. Época oscura que ahuyentó la luz del Renacimiento. Hemos vivido algunos años sumergidos en las tinieblas del error. Hoy iluminados por la gran dicha de nuestra reunión, entramos de lleno en el renacimiento de nuestra felicidad. ¡Huya para siempre la noche del pasado! No venga tenaz á importunar nuestro presente y futuro regocijo. ¡Muerte al ayer! ¡vida al hoy y al mañana!

—Luego ¿me perdonas?, articuló César con voz sumisa.

—¡De todo corazón! ¡Con toda mi alma! dijo, abrazando al afligido esposo, que años atrás quiso extrangularla.

—Ya que así lo quieres, dijo César, enterremos el pasado, pero al menos desearía saber cómo te salvaste del incendio.

—De una manera muy sencilla: no estando en la casa cuando se incendió.

—¡Ah! se dijo que periciste allí.

—¡Cierto!, dijo Sorel. No obstante, todo lo que se dice no es verdad. Como habéis convenido en no resucitar el pasado, yo te explicaré sucintamente la salvación de mi hija.

Y le refirió á César el suceso, tal cual meses atrás se lo contó al Arquitecto; sólo que esta vez no sudó como antaño:

ahora se trataba nada menos que de la futura felicidad de su amada hija. Esta, por su parte recordando los consejos del buen doctor don Prudencio, guardó el más absoluto silencio durante el falso relato. Su padre y su hijo sabían toda la verdad... ¿A qué decirle al esposo, que caería en la desesperación del remordimiento, cuando, conociendo las verdaderas consecuencias de su funesto atentado, se juzgara único autor responsable de ellas? ¡Oh, no! Ella callaría. Cuando llegara la ancianidad... entonces contaría al viejo compañero la historia verdadera...

Acaso César no diera crédito y lo tomara como cuento fantástico. Así se lo afirmó el médico, su amigo y confidente: seguiría al pie de la letra su consejo. Angelina deseaba ardentemente revelar al esposo todo el pasado, pero deseaba mucho más hacerle olvidar aquel feroz acto pasional... A eso tenderían todos sus esfuerzos futuros. Si el esposo no olvidara el pasado, jamás sería feliz... y ella quería, á todo trance, que lo fuera: de ahí su silencio.

Angelina volviéndose á María la abrazó cariñosamente. La anciana, llorando, dijo:

—¡Ah! señorita! yo tuve la culpa por haber faltado á mi juramento de no mentar aquel retrato...

—¡Chs! María. ¡Hemos convenido en no hablar del pasado. Este es el único recuerdo que conservo de él; ¡toma! y alargó á la anciana un papel arrollado que sacó del bolsillo. Era la estampa del Nazareno.

María besó devotamente la efigie.

—¿Se salvó del incendio?

—¡Sí; fué lo unico.

—¡Si no podía perecer!

Y se lo llevó á colocarlo junto á la Virgen de las Nieves. Después, encaminóse á su oficina culinaria: había qué preparar buenas viandas.

Don Alberto refirió al yerno gran parte de sus aventuras. Después su proyecto de civilizar la tribu salvaje: de su Carta de Independencia que le ponía en posesión de un extenso territorio donde, á su libre albedrío, podría desarrollar el sistema Socialista, que era su bello ideal.

—Pero la fundación de un pueblo requiere ingentes sumas, dijo César. ¿Las tiene Ud.?

—Mi capital no alcanzará á cubrir todas las erogaciones; pero, para dar cima satisfactoria á la empresa, cuento con dos socias: una es millonaria: la otra no, sin embargo, cuenta con trescientos mil duros que ha puesto á mi disposición, lo mismo que la primera sus millones.

—Desde luego, si mi hijo admite—porque él es mi heredero—, también puedo contribuir á esa obra meritoria.

Alberto, abrazando al padre, dijo:

—Padre mío, yo estaba dispuesto á rogarle que fuera Ud. socio de mi abuelo.

—Pues si es tu gusto, mi suegro puede contarte entre los contribuyentes. Serás un socio que aporta á la empresa común cerca de tres millones de duros.

—¿Tan rico eres, César?

—Sí, querido suegro. Mi capital subía al ser depositado en el Banco, próximamente á dos millones; y como quiera que durante diecisiete años no he retirado los intereses, los cuales se habrán capitalizado, figúrese Ud. á cuanto ascenderá hoy esa suma.

—¡Oh! debe haber aumentado mucho. ¡Cuánto te agradezco ese desprendimiento! Tu vida solitaria durante tantos años, te ha predispuesto á mirar con indiferencia los intereses materiales: ha perfeccionado tu sér moral. El hombre rico y el hombre pobre, nacen y mueren igualmente, lo cual nos evidencia la igualdad que debe existir entre los individuos. La tierra, el agua, el aire y el sol, son los cuatro elementos indispensables á la vida orgánica. El hombre no debe apropiarse en detrimento de sus semejantes, ninguna de esas fuerzas primordiales, que no son, ni nunca podrán ser con justicia, pertenencia de este ó del otro, porque ningún hombre ha podido por sí mismo crearles. El que las creó las puso al servicio de todos los séres. Si hay multitud de hombres que viven y mueren en la indigencia, mientras otros nadan en la abundancia, llevando, no pocos, una viciosa, frívola y holgazana existencia, es porque desde tiempos remotos viene imperando en el mundo el ruin sistema de la fuerza bruta. Los más débiles han sido y son saqueados, materialmente aplastados por las mortíferas armas de pueblos que se creen altamente civilizados. ¡Qué civilización tan mal entendida! No tiene ésta por objeto acapararse terrenos, haciendo poderoso á un pueblo por medio de la destrucción de otro: no es ese su fin. Su benéfica tendencia es el mejoramiento de la humanidad por medio de la instrucción, el trabajo y la paz.

¿Se ve algo de eso en nuestros días? ¿los gobernantes prohíben las guerras con otros Estados? ¡Ay nó!, la paz armada nos lo afirma. Si el hombre en su físico ha evolucionado favorablemente, no así en su sér moral. Según datos fidedignos, los hombres prehistóricos se destrozaban entre sí. ¿Qué es lo que practican hoy los pueblos que se



dicen altamente ilustrados? ¿Por ventura, no les imitan? ¡Oh, sí! con el agravante de inventar cada día armas más perfeccionadas para matar, en menor tiempo, mayor cantidad de hombres; armas que aquellos infelices, primitivos ignorantes, no conocían. Son, pues, más criminales los hombres ilustrados contemporáneos, que lo fueron nuestros remotos progenitores salvajes. Quizá dentro un lapso de mil años, llegará el hombre á asombrarse del modo de ser sanguinario de los gobiernos actuales. Así debe suceder, porque si, como vulgarmente se dice, para muestra un botón basta, ya esas muestras no son místicas, puesto que en el mundo existen hoy, si bien en minoría, hombres benefactores de la humanidad, que bien quisieran encarrilarla por la senda verdadera, de que la arrojó la insaciable codicia de los acaparadores de territorios creados para la comunidad. Casi cinco años de vida solitaria en una caverna, donde no me faltaron alimentos para subsistir, orientaron mis ideas hacia el camino recto de la vida. El hombre no necesita acumular riquezas: necesita procurarse por medio del trabajo la alimentación, educación moral refinada, ó intrínseca, esencia del mandato cristiano, para saber cumplir con su deber, y... nada más.

Yo no puedo reformar las sociedades defectuosas que hoy pululan por doquiera, pero sí puedo fundar una nueva; pequeña hoy, mañana puede crecer y ensancharse. Cuando los hombres vivan bajo un régimen socialista: cuando sean miembros convencidos, de ese humanitario sistema, único salvador de sus actuales miserias, conocerán por vez primera la felicidad, á la cual tienen derecho simplemente porque vinieron á la tierra, y la tierra es propiedad de todo el que viene á ella. Sólo la instrucción puede establecer verdaderas desigualdades entre los individuos; diferencia que puede obviarse fácilmente, el día en que los gobernantes, penetrados de verdaderos sentimientos benefactores hacia sus gobernados, echen por tierra las instituciones guerreras, causa de matanza y esterminio, sustituyendo los ejércitos sanguinarios, con ejércitos de maestros que impartan la educación hasta en el último confín de sus Estados... ¡Ah! ese día, los jefes de pueblos, serían inmunes: no tendrían que temer los ataques anarquistas.

El auditorio de Sorel escuchábale silencioso pensando que si Diógenes estuviera presente hubiera apagado allí su linterna, porque había encontrado un hombre.

El gran deísta Sócrates, con su mandato de sacrificar un gallo á Esculapio, dejó amplia brecha abierta á la men-

tira y al error, que después de veinticinco siglos aun penetran por ella arrastrando consigo á la mayor parte de la humanidad. ¡Cuánto tiempo para hacerse la luz! Pero para don Alberto ya se había hecho. El no dejaría en su sistema brecha alguna por donde colarse la avaricia, siempre ansiosa de apropiarse para sí la herencia universal, que, con pródiga mano, esparció para todos el Gran Sér á quien llamamos Dios.

El diálogo fue interrumpido por la aparición de María, anunciando que la cena estaba dispuesta. Esta vez la comida fué más espléndida que la otra obsequiada antaño al médico Amador. La cocinera no estaba del todo satisfecha: hubiera querido para festejar el gran día de su amado hijo César, servir allí un pedazo de gloria. Como no pudo traer al presente lo que está prometido al futuro, campeaba en hermosa bandeja de fina porcelana, un buen trozo de tocino de cielo, manjar exquisito que ella sabía confeccionar á maravilla. Al ver y saborear Angelina y su padre tanta cosa buena como exhibía la mesa, ponderaban el arte con que María condimentaba platos tan sabrosos, amenizando el banquete con elogios á cada variedad: ya los pollos trufados, ya la torta de salmón, ó bien la carne á lo cardenal, todo fué celebrado de palabra y de hecho, consumiendo los comensales en poco tiempo las apetitosas viandas.

César y su hijo ya estaban acostumbrados á los refinamientos culinarios de su vieja sirvienta.

Al terminar el festín, don Alberto habló de su regreso á Miraflores, pues le urgía avistarse con el místico.

—¿Y tú vienes?, preguntó á la hija.

Esta miró al hijo, después al esposo, diciendo sin vacilar:

—¿Qué opinas tú, César?

—No me atrevo á dar mi opinión...

—Díla francamente, repuso Sorel.

—Pues si me atreviera diría que la esposa y madre debía acompañar al hijo y al esposo. Pero yo no puedo hablar de deberes: falté á ellos... no tengo derecho...

—Si que lo tienes: no sería completo nuestro renacimiento, si no te reivindicara en él.

—Entonces, mi incomparable compañera debe pernoctar en el modesto albergue del Solitario del Bosque.

—Será un palacio para mí, añadió Angelina, animando al tímido esposo con un tierno apretón de manos.

Albertito, alegre como unas pascuas, dijo al abuelo:

—Ahora va usted solo; debe cabalgar.

Y salió, volviendo á poco con un caballo enjaezado, que presentó á Sorel; éste montó de un salto, despidiéndose hasta mañana.

Los felices habitantes del Bosque entregáronse cada uno á sus respectivos pensamientos. María á rezar ante el Nazareno y las Nieves, autores infalibles de la milagrosa dicha que, después de luengos años de soledad, inundaba aquella casa; Alberto, á pensar que pronto la mujer de su pasión primera, sería su esposa querida.

En cuanto á César y Angelina, no podemos referir las escenas que las paredes del pequeño dormitorio, mudas espectadoras, presenciaron silenciosas. Eso, para los naturalistas que pintan á maravilla los desbordes de grandes pasiones contenidas largo tiempo por una ú otra causa. Nos concretamos á decir que el sonriente rayo de sol que entró al siguiente día por un intersticio de la ventana era menos luminoso que la luz que irradiaban los bellos ojos de esos dos seres que, en noche de impercedero recuerdo, habían consolidado su renacimiento....

Los dos estaban despiertos porque después de todo... el amable Morfeo, derramó allí su benéfico beleño haciéndoles dormir de un tirón cinco ó seis horas. En seguida saltaron del lecho, pues César, que siempre fue madrugador, creyóse en pleno mediodía. Consultado su reloj vio que apenas eran las siete.

—Pues no es muy tarde, querida mía, dijo; vamos á ver á nuestro hijo.

Y abriendo la puerta del cuarto inmediato, entraron en el aposento de Alberto. La ventana abierta daba franco paso al rutilante sol de una espléndida primavera mañana.

—¡Hola!, se ha ido de caza. Mira, Angelina, ahí falta su escopeta, lo que prueba que se la llevó. Es indudable que quiere obsequiarte con algún producto de caza menor. Pero observa esta mesa, amada mía: ved que tenemos un hijo petimetre: mira cuánto perfume... qué de jaboncillos y esencias... sin faltar los polvos de arroz ni la aromática colonia. ¡Vaya que nuestro Alberto, á pesar de crecer en el bosque tiene gustos aristocráticos!

—Me gusta eso, César: aunque se viva en el monte no hay que hacerse montaraz. ¿Siempre ha sido así mi hijo?

—Nó, querida; apenas se enamoró le ocurrieron esas ideas, comenzando á acicalarse con esmero, y mandó á comprar todos esos adminículos que ves ahí. El me refirió la

historia de esos amores. No podía acercarse ni hablar á la joven amada, porque tenía esposo; pero aún así, sólo para verla de lejos, se perfumaba. Como esos amores no podían realizarse lo exhorté á emprender viaje. Ya le había persuadido, cuando sucedió la desgracia....

—Sí, Armida, me contó todo eso; como asimismo de qué modo fue salvada por mi padre.

—¡Qué desgracia, pero qué consecuencias tan felices!

—En efecto, esos casos aciagos, han tenido por resultado esparcir sobre nosotros la suprema dicha. Te volví á ver. ¡Oh! mi perdido esposo! ¡Hoy te amo más que nunca te amé!

Los dos abrazáronse con frenesí, sentándose juntos, porque las grandes emociones pasionales hacen decaer las fuerzas físicas.

Es que si por imprevisto acaso, se vuelve á recobrar algo perdido y llorado con honda pena, sucede al gran dolor el éxtasis de la felicidad... Angelina, reparando por vez primera en una hermosa zancuda posada sobre el marco superior del gran espejo, preguntó:

—¿Por qué está ahí esa gran garza real? ¡Qué bien disecada está, y qué brillantes ojos! Parece que nos mira. Con una garra sobre el marco y otra levantada, significa que va á emprender vuelo...

—¡Ah! Albertito puso los cinco sentidos en la disección de ese volátil. Figúrate que por medio de esa zancuda conoció por primera vez á esa Armida, que tanto ama. Y César refirió el episodio aquel del espanto de la Baya al sonar el tiro que mató á la garza.

—Con razón la venera nuestro hijo. Cuando tú conozcas á esa joven verás un prodigio de belleza; y todavía su alma es más bella que su físico.

—¿Y ella amaré tanto á nuestro Alberto, como él á ella?

—¡Oh, sí! No me lo ha dicho, porque aún lleva luto por el papacito, como nombra el finado señor de Soldevilla, que sólo fue un esposo nominal. Apenas termine el homenaje luctuoso rendido á la memoria de aquel buen señor, me confesará abiertamente su amor á mi hijo: lo sé bien. Esos dos jóvenes son dignos mutuamente de la gran dicha que les aguarda. ¡Bendita sea la gran Causa, que nos ha conducido, a través de algunas penalidades, á ser testigos presenciales de la felicidad de nuestro adorado hijo! Ahora, amigo mío, me arreglaré un poco. Presiento que María está terminando el desayuno y no quiero ir á la mesa tan desgreñada.

—Muy bien: saquea los perfumes de tu hijo, sin temor al derroche: los repondremos con otros. Entre tanto, salgo un momento: volveré pronto.

Dijo César y salió. Angelina, después de una ablución con agua fresca y fino jaboncillo, sentóse ante el espejo, comenzando por saturar, con oloroso aceitillo esencial su larga y ondulante cabellera, tan negra como el azabache; después levantó en la parte superior de la cabeza una multitud de risitos dando así una graciosa corona á su frente de reina; otra cantidad de pelo formó rodete en la coronilla, convirtiendo el resto en dos trenzas que descendían por la espalda, pues no era posible colocar en lo alto toda esa profusa melena. Dióse finalmente un ligero barniz con la mota de polvos, cosa que realmente hermosea sin dañar el cutis, y así quedó Angelina convertida en suprema belleza.

Esta vez puso mucho mayor cuidado en peinarse, que allá en otros tiempos en el vallecito aquel de las afueras de Santa Cruz, donde la clara fuente, á pesar de ser murmuradora, jamás divulgó la escena presenciada por su linfa cristalina.

De improviso levantóse la dama: llegaba el amado....

César entró trayendo un bonito ramillete de violetas.

—¡Pero, Dios mío, qué puciosa estás!, dijo á su amada, presentándola las flores.

Esta las tomó, prendiéndolas en un ojal del corpiño. El marido le besó las manos diciendo:

—La cara nó; tu gran belleza me cohibe.

—Pues ven, querido mío, voy á embellecerte también.

Le hizo lavar, después sentarse ante el espejo y tomando el pomo de aromático aceitillo derramó buena parte sobre aquella cabeza, que si bien salpicada de canas conservaba una abundante y ondulada cabellera. Cogiendo el batidor levantó la moña que al instante quedó ensortijada, perfumada y brillante, de aspecto juvenil: le besó en la frente y lo empolvó con la mota.

César estaba realmente bello. La gran dicha que desbordaba de sus grandes, azules ojos, era el complemento de un semblante de correctas facciones y de un porte caballeroso y digno. Los dos, uno junto á otro, se miraron en el espejo.... él hubo de confesar que las manos de su adorada le habían transformado: ella, que el esposo era lo más simpático que nunca conoció,... ni en París, pensó para sí misma.

—Vaya, César, cambia pronto de traje para ir á ver qué nos sirve María, en el desayuno.

El vistió su mejor ropa. Angelina quiso que llevara violetas en el ojal de la levita, y desprendiendo algunas del corpiño se las colocó en el indicado sitio.

César la dejaba hacer porque él no podía negar nada á su encantadora consorte. Pasaron al comedor, viendo la mesa cubierta con variedad de dulces, queso de bola, mantequilla, panecillos frescos, sobresaliendo entre los dulces, marquesotes, rosquetes de alma y melindres.

—¡Qué mujer es esta María!, dijo Angelina; pues si nos ha preparado para el desayuno un medio banquete!

—¡Ya lo creo!, para estas cosas no hay otra como ella. Tocó un pequeño timbre y apareció la cocinera con el chocolate bien caliente. Los esposos comenzaron á servirse mutuamente.

—¡Qué bonitos están ustedes!, dijo la anciana, mirándolos embobada.

—Te damos las gracias por tus lisonjas.

—Si no son lisonjas, sino la verdad pura. ¡No hay otra pareja más hermosa!

—Ya verás cuando se case nuestro Albertito, si él y su esposa se llevan la palma.

—¡Nunca!, repuso la terca; serán más jóvenes, pero más bonitos nó.

Esa mujer, como sabemos, adoraba á César, y por nada del mundo confesaría que había otro más galán.

Alberto, entrando de repenete, cortó el diálogo. Llevaba la escopeta al hombro, colgando del cañón traía un hermoso pavón silvestre.

—Buenos días, queridos padres! ¿Van ustedes á algún sarao? Les veo tan elegantes...!

—Venimos de él, querido hijo!, replicó sonriendo la madre. Siéntate con nosotros: tu caza es magnífica. María se encargará de aderezarla con el gusto exquisito, peculiar de ella sola.

La aludida, que si bien era cocinera también poseía la urbanidad, saludó en son de gracias y se llevó el gran pavón á su laboratorio, donde pronto le transformaría en apetitoso, succulento manjar. Alberto rehusaba sentarse á la mesa, tan lleno de polvo y mal pergeñado, pero al fin cedió á las paternas instancias. Apenas terminó el desayuno oyeron el rodar de un carruaje. El coche detúvose á la puerta y el conductor apeándose alargó una esquila para Angelina. Esta leyó: "Se suplica á los señores del Bos-

que vengan á pasar el día en Miraflores. No se admiten excusas. "El Espíritu del Río" reclama á ustedes. Ahí les mando el coche. De ustedes siempre afectísima, **Armida.**"

—Vamos ¿verdad?, dijo Alberto.

—Sí, hijo mío; arréglate pronto.

César dijo al cochero que si quería volverse á caballo, su hijo guiaría el carruaje. El otro contestó que no tenía prisa de retornar. Eso le valió unas cuantas golosinas obsequiadas por María.

Por más que Alberto se daba prisa no pudo concluir su equipo antes de media hora. Al fin los padres se asomaron á ver si ya terminaba. El joven estaba elegantísimo: era una segunda edición de César, excepto los negros ojos, en todo y por todo, fiel trasunto de los de Angelina. Al fin terminó el tocador.

—¡Ya estoy listo!, dijo el dandy, aparecienda joven y bello cual Adónis.

Los padres, orgullosos de su vástago, miráronse mutuamente complacidos.

—¿Quiéres venir con nosotros, María?

—¡Ah, nó! Y el pavón se arregla solo?

—Lo llevas y allá lo aderezas, ¿cómo vas á quedarte sola todo el día?

—Si no estoy sola; ahí tengo mi Nazareno y su Madre, que me harán buena compañía. Luego, como me gusta leer, cojo uno de mis libros, por ejemplo, la vida de algún Santo Anacoreta, y ya me tienen completamente olvidada de mi soledad. Considero aquel gran solitario viviendo en cueva, casi desnudo... comiendo tallos tiernos de algún árbol que hay por allí... en fin, que todo eso es edificante y nos hace conformar con cualquier miseria. Leyendo esas pobrezaas me considero en un palacio, rodeada de cuanto bueno exige una vida regalona. Con que vayan ustedes á divertirse sin pensar que estoy sola.

—Bien, María; te conozco y sé que llevas en tí misma los medios de proporcionarte la felicidad sin ayuda ajena.

—Oye, María, dijo Angelina, me ocurre una idea. Si el pavón está á punto para las cuatro podemos desde allá mandar á llevarlo.

—¡"Anjá"!, ¡buena idea!, manden por él, que á esa hora ya estará tierno.

—Pues adiós, hasta la noche, y con tu Anacoreta, no vayas á olvidar el guiso.

—¡No hay cuidado!, "lo cortés no quita lo valiente."

Subieron al coche y á los diez minutos entraban en Miraflores.

## CAPITULO XLIII

### EXPLICACION RETROSPECTIVA

Las señoras salieron á recibir á los visitantes, abrazando á Angelina y dando afectuoso apretón de manos á los caballeros, previa presentación de César á doña Toribia y Armida, doña Antonia ya le conocía bajo el nombre de Solitario; no obstante, no fué poca su sorpresa al volver á verle tan rejuvenecido y galán.

Armida, vestía de blanco, con lazos negros. Las rubio-rojas trenzas, descendían por la espalda, llevando al extremo cintas de igual color: estaba admirablemente bella. Al mirar á Alberto, siempre enrojecía un poco, cosa que igualmente le pasaba á él. Los padres al tanto de la situación, traducían esos pequeños infalibles signos de amor: aquellos dos muchachos se adoraban: serían un modelo de felicidad... Los dos amaban por vez primera, y amaban con pasión: ninguno tuvo antes amorcillos... eso es una garantía de futura dicha.

Pocas veces se aporta al matrimonio igualdad de costumbres puras... eso es un ideal, que á veces... raras... se convierte en realidad. En este caso, el amor conyugal es mil veces más durable; porque aquella legítima compañera es la que hace conocer al hombre las ardientes, deliciosas expansiones del amor primero. Ese recuerdo es indeleble: de ahí la fidelidad. Pero eso sí, hay que armarse de un microscopio de gran potencia, para reconocer y separar el germen selecto de los innúmeros defectuosos que le rodean...

—Y mi padre ¿dónde está?, dijo Angelina.

—No hay quién lo vea aquí. Desde el amanecer se marchó con Gabriel, Carmona y el mister: es seguro que están en el puente.



—Entonces voy allá, repuso Alberto, sé bien el camino, y echó una ojeada á la joven, que se coloreó sonriente.

—Viene usted, padre?

—Si, hijo mío, contestó César.

Los dos despidiéronse hasta luego, y emprendieron la marcha camino del Río.

—Ahora, dijo doña Antonia, vamos á ver mi casa nueva: está ahí muy cerca.

Las cuatro señoras emprendieron la marcha hasta llegar á las inmediaciones del Lomo Blanco. Allí se alzaba una elegante casa de dos pisos.

—¡ Con qué facilidad se fabrican hoy las habitaciones! Apenas hace cinco meses que salí del país y ya te hallo con casa propia, dijo Armida.

—Es que Gabriel la mandó á buscar hecha.

La fachada era grande. Frente á ella extendíase un gran patio cuadrado, limitado por bonita verja de hierro, con muros en su base que podían servir de asiento. Eran éstos de mampostería y el piso del patio cubierto con mezcla de cal y arena. Al medio, una gran portada daba acceso á la pradera.

A cada lado había una explanada que corría por todo el largo del edificio y también rodeada por verjas. Esos terrenos dedicados á los jardines ya tenían trazados sus parterres que mañana se cubrirían de flores. Ya arraigaban en los arriates muchos arbustos en flor trasplantados de los jardines de Armida, donde crecían con tal abundancia que convenía entresacarlos. En el piso bajo de la casa había, separados por zaguán, dos hermosas salas. Una para recibir, hallábase ya decorada con sofá y sillería de paja: dos consolas sosteniendo espejos y floreros de china, un piano y varios cuadros con marco dorado completaban el adorno del salón. No había alfombra ni cortinajes en las cuatro ventanas, dos que miraban al patio y dos á los jardines, porque aún no se habían instalado los dueños en la casa. La otra sala era el dormitorio. Esta pieza también estaba amueblada, con elegante cama imperial, precioso tocador en caoba, sillería de la misma, bonitas láminas representando la historia de Adriana y el príncipe indio, simpático idilio de funesto fin. Detrás de esas piezas seguían comedor, despensa, cocina, etc., etc. Del fondo del zaguán subía una escalera al piso alto terminando en una pequeña antesala, partiendo de ella una angosta galería que, dando vuelta circular terminaba por el otro lado en la misma antesala. En este corredor abríanse dos puertas fronterizas que

daban acceso á cuartos muy amplios, con ventanas de frente al patio y laterales sobre los terrenos del jardín. Detrás de esas piezas principales, hallábanse dos cuartitos más pequeños con luces al traspatio. Este era grande y tenía cerca de madera, bastante elevada para que no se escaparan las muchas aves domésticas, que doña Antonia se proponía criar en aquel espacioso y seguro corral. A corta distancia veíase á un lado el Lomo Blanco, con su arenón conchiliano y estéril, contrastando artísticamente su desahogado, frío aspecto, con la exuberante arboleda que partiendo del pie del lomo, corría por detrás del edificio hasta perderse en lontananza.

Sería delicioso, en una mañana primaveral, despertar allí á la voz de la Naturaleza, traducida en silbidos, trinos y gorjeos, algaravía de cotorras, loros y parleros guacamayos, pues indudablemente, esas variadas, múltiples aves que anidaban entre aquellas frondas, elevarían su canto matinal á la naciente aurora.

De las ventanas del piso alto podíase contemplar un admirable panorama. En primer término grandes llanuras cubiertas de cafetos y platanares; más lejos lindas florestas diseminadas acá y allá semejaban islas de verdura enclavadas en los inmensos pastos que alfombraban la feraz pradera. Muchos puntos movibles en todas direcciones, denotaban la multitud de animales que pastaban entre las altas yerbas. Más allá veíanse lomas, montañas y montes esfumándose al fin en lejanías donde el cielo y la tierra simulaban estrecho consorcio. Vista la casa y sus magníficas perspectivas, las señoras retornaron al salón, sentándose un poco antes de volverse á la de Armida.

—Vaya Antonia, te felicito por tener tan bonita mansión, pero, ¿por qué quieres dejar la mía?

—Dice Gabriel, que mientras seas soltera viviremos contigo, pero que es bueno tener casa propia por si acaso...

Armida, con su inveterada costumbre, se sonrojó.

—¡Oh! no te alarmes, dijo el aya riendo, eso puede suceder cualquier día.

—¡Talvez...! repuso la joven sin decir más.

Ya iban á levantarse cuando tomando Angelina la palabra las detuvo.

—Amigas mías, dijo dirigiéndose á doña Antonia y á su antigua dama de compañía, hagan el favor de oírme: tengo algo que decirlas. Armida ya sabe eso, ustedes nó. Es preciso que les explique el por qué de mis dos nombres. A los dieciseis años me casé por amor con un joven que con-

taba sólo veinte, y que, al parecer, me amaba mucho. Al año de nuestro matrimonio tuve un hijo, al cual no amaba porque era adoración lo que sentía por mi pequeño Alberto. Viví tres años rodeada de la más completa felicidad. Pero mi esposo hubo de emprender un largo viaje á Calcuta, llamado desde aquella ciudad por un tío muy anciano, casi ya moribundo, y gran capitalista, que quería dejar todo su caudal al único sobrino que tenía, éste era mi marido. Empeñó, pues, el gran viaje quedando yo sola con mi pequeño y unas buenas amigas que todos los días me visitaban. Al regreso de mi esposo, al cual yo esperaba con gran anhelo, en vez de la felicidad que ya me prometía sufrí el mayor de los dolores. César, por un funesto error, que no puedo revelar á ustedes por ser un secreto de familia, me creyó indigna de su amor y me arrebató á mi hijo jurando que nunca volvería á ver á ninguno de los dos. Sólo una anciana que había sido nodriza de mi marido, tuvo libertad de acompañarle para cuidar al niño. Nada supe de la partida porque perdí el sentido. Al despertar, después de veinticuatro horas de síncope, me reconocí abandonada del esposo que huía para siempre llevándose aquel hijo idolatrado. Mucho tiempo permanecí sumergida en el dolor. Mi padre, al que yo creía muerto durante la guerra de la Independencia española, me había escrito desde Manila refiriéndome toda la historia de su salvación, realizada por medio de su gran amigo don Rafael del Castillo, padre de Armida, aquí presente. Encargóme en su carta que guardase silencio hasta que, terminada en España la dominación francesa, que ya decaía, regresara él de aquel país lejano. Yo sabía que el Gobierno de José Napoleón había sentenciado á muerte á mi padre, por lo tanto corría peligro dar noticia de su existencia. Guardé, pues, el más absoluto silencio sobre aquella carta. Como me ví sola y desamparada, fundé todas mis esperanzas en la vuelta de mi padre; eso sería mi salvación. El me acompañaría por el mundo en busca de mi hijo: yo le contaría aquel secreto de familia á que aludí antes, y era seguro que si halláramos á César, él le haría conocer el gran error en que estaba, porque mi padre poseía la clave de aquel secreto y era el único que podía patentizar mi inocencia ante un esposo engañado por falsas apariencias. Todos los días leía los periódicos de Ultramar con la esperanza de ver figurar en algún rol de pasajeros de cualquier buque que retornase de Oceanía, el nombre de Alberto Sorel. Al fin lo ví. ¡Pero qué dolor! Un marinero que se salvó á nado refirió en Manila, que él era el único sobreviviente del gran

nafragio de la corbeta **Isabela**, hundida con todos los pasajeros y tripulación en el abismo de los mares... Entre los pasajeros se contaba mi padre, refiriendo el periódico detalladamente la historia de aquel coronel salvado de un fusilamiento para morir ahogado en lejanos mares... No puedo, amigas mías, referir puntualmente el hondo sufrimiento que, después de leer esa noticia, invadió mi ser... Esa certidumbre de mi total desamparo me trajo á la mente la idea del suicidio... Pero no sé qué lejano rayo de luz detuvo el homicida pensamiento. Lo que sí puse en práctica fue desaparecer de entre mis conocidos. Una noche, á las diez, sin despedirme de nadie, me embarqué para Tenerife, llevando conmigo una fuerte suma de dinero. En Santa Cruz contraté á doña Toribia como mi dama de compañía: quería viajar para distraer mis penas. Desde entonces cambié mi nombre tomando el de una parienta lejana fallecida mucho tiempo atrás. En París fui muy obsequiada, sin jamás aceptar ninguno de los brillantes partidos que se me ofrecieron...

—¡ Ah! con razón rechazaba Ud. hasta príncipes! Era Ud. casada! dijo doña Toribia.

—No hubiera aceptado á ninguno aunque tuviese la seguridad de ser viuda: sentía gran aborrecimiento por los hombres. En Suiza conocí á doña Pilar del Castillo, y esa dignísima dama me tomó tal cariño que ya no quiso separarme de su lado. Ud., doña Toribia, se retiró por entonces á su casa. Ahora la dama de compañía era yo de la anciana señora. Estando de temporada en el campo llegó doña Antonia y tú, mi querida niña. Doña Pilar había testado en favor mío. Al llegar su desconocida sobrina, hizo un Codicilo que reformaba bastante las primeras disposiciones. Pero cuando, por defunción de la dama, se abrieron los Documentos, el Notario se enteró de que el Codicilo no era válido por faltar al principio las palabras que encabezaban el primer testamento, palabras que eran una especie de Santo y seña para que cualquiera escrito en el cual faltaran como disposición testamentaria, se considerase nulo y de ningún valor.

Angelina continuó refiriendo su viaje á Italia y las consecuencias subsiguientes que ya se saben... Continuando:

Al regresar á Santa Cruz me sentía morir. Deseaba con toda mi alma avistarme con Armida: quería revelarles algo secreto que la incumbía. Además, pensaba nombrarla mi heredera. ¡ No sabía yo entonces que el viaje de esta niña debía causar mi actual felicidad! Mi padre, por medio de

unos papeles que César había entregado á su hijo al salir á viajar, reconoció á su nieto, y después, ambos me reconocieron á mí, uno, como hija; otro, como madre. Ello es largo de contar: no puedo extenderme sobre esos casi milagrosos acontecimientos. Al llegar á la casita del Bosque, mi padre, que estaba al tanto de la causa por qué César me abandonó, en pocas palabras y con pruebas irrecusables, le mostró el terrible error por tantos años sustentado, con respecto á una mujer inocente, cuya limpia conducta no dió lugar á la más ligera acusación. Mi esposo, iluminado por la verdad, cayó en la desesperación, consiguiendo al remordimiento de su funesto proceder conmigo. Hincándose ante mi padre le pidió la muerte. Este lo abrazó, perdonándole en el acto. Pero César no quería ser perdonado: quería morir, al efecto tomó un revólver y ya se apuntaba, cuando mi Alberto, más ligero que el viento, le arrebató el arma, disparando al campo todos los tiros. En ese momento entré yo, que desde fuera había oído todo, me acerqué presurosa al esposo arrepentido, y tomándole las manos le conjuré que cesara en su pena, que yo no pensaría nunca en el pasado, y sólo quería gozar la presente dicha de haber vuelto á recuperar un llorado esposo, á quien creí perdido para siempre. Con esos y otros razonamientos por el estilo, logré calmar su atribulado espíritu.

Hoy, amigas mías, me considero la mujer más dichosa de la tierra. Amo con mayor intensidad que en mi juventud amé á César; porque mi amor es hoy doble, juntándose al cariño de la esposa, el indestructible y santo amor de la madre, que halla mil disculpas en su corazón materno, para la conducta errónea del hijo de sus entrañas. Esa clase de amor, aunque el mundo condene, jamás condenará al sér adorado.

Amigas mías, habréis comprendido que mi situación presente pide silencio sobre el pasado. No puedo decir á mi esposo que un día llevé el nombre de Elisa de Mendoza, porque eso implica la añoranza de la injustísima conducta que antaño usó conmigo. Entre él y yo, hemos convenido en no mentar nunca lo que fué: vivir felices con el amor recíproco que hoy nos profesamos, sin que la más ligera indirecta retrospectiva venga á nublar el brillante sol de nuestra reconciliación, ya, para siempre, consolidada. Pido á Ud. doña Antonia, y á Ud., doña Toribia, que nunca hablen de la fantástica Elisa de Mendoza, ni hagan mención alguna de mi vida durante el tiempo que bajo ese nombre me conocieron. ¿Me lo prometen ustedes?

—No lo prometo; ¡lo juro por la vida de mi hijo! que es lo que más amo. Jamás hablaré de usted sino bajo el nombre de Angelina Sorel.

Angelina estrechó la mano de doña Antonia, dándole efusivas gracias.

—¿Y Ud., doña Toribia...?

—Señora mía, no contesté de pronto porque pensaba en las encontradas tesis que hoy sustentan en el mundo sobre la exposición de la verdad.

No hay que dudar que la verdad es hermosísima: hay quien afirme que debe decirse siempre, aunque su enunciación cueste la vida. Eso es muy grave. Lo que sí podemos afirmar es **que aquello trae esto**. Si en su vida de Ud. no hubiera existido aquel gran error de que antes nos habló, es seguro que hoy no la sería necesario callar la verdad. Luego, esa necesidad, consecuencia de aquella equivocación, no puede eludirse en modo alguno... Después de todo, en este caso no se daña á nadie; por el contrario, se afirma la dicha de dos seres que muy bien pudieron ser felices, si el mal Espíritu, como nuestra Religión nos enseña, no estuviera alerta para matar la dicha allí donde mejor se asentó. No crea Ud., señora, que vacilo un momento en guardar ese silencio indispensable. Conozco que decir su falso nombre y los largos años que á su lado de Ud. viví, sería hacer recordar á su esposo lo que es preciso que olvide para ser dichoso. Puede Ud. estar segura de que ésta será la vez postrera que el nombre de Elisa de Mendoza, sale de mi boca. Soy dada al examen, mi señora, porque creo que sin él no podemos tener seguridad en nuestro criterio, pero ya por examinada la materia de que se trate, mi dictamen es inconcuso. No tema Ud., pues, ninguna incorrección de mi parte, sobre ese asunto. Estoy enteramente convencida de que también yo debo olvidar el pasado, aunque no podré, siquiera sea en mi fuero interno, hacer caso omiso de los muchos favores que á Ud. debo, bajo el falso y el verdadero nombre.

Angelina estrechó calurosamente las manos de su antigua dama: allí había firmeza de carácter y clara inteligencia para porerse á la altura de la situación. Su amado esposo no tendría remordimiento por considerarse la causa eficiente de esa inútil, dispendiosa vida, que durante diez años, llevó ella en París.

—Ya que os he dado esas precisas explicaciones, si queréis, volvámonos á casa de Armida.

Cuando las cuatro damas llegaron al domicilio, vieron